La esperiencia y la filosofía demuestran que las naciones tienen un destino que llenar, una mision que cumplir, de la cual no pueden apartarse, porque así lo determinó en sus profundos juicios la santa é incomprensible sabiduría del Hacedor. Cuando recorremos la historia de aquellos imperios, que en sus períodos de esplendor ó de decadencia han absorvido la atencion universal, pasa nuestro espíritu alternativamente del temor á la esperanza, de la alegría al pesar, del horror á la complacencia, y del entusiasmo al desaliento. Vemos como en un espejo purísimo (porque este es el májico poder de la historia) retratadas delante de nuestros ojos las escenas de los pasados siglos; y como los hombres que figuraron en ellos son nuestros hermanos, sus desgracias ó felicidades, á pesar de lo remoto de los tiempos, nos inspiran una vivísima é irresistible simpatía. ¿Quién no se aflije al ver al inculpable Sócrates condenado á muerte por la supersticiosa Athenas? ¿y quién no se llena de alegría al ver á Ciceron conseguir de Cesar el perdon de Ligario con su dulcísima persuasiva, ó salvar á Roma del furor del ambicioso Catilina con el poder de su arrebatadora elocuencia? ¿Quién no se entristece al ver ahogada la civilizacion antigua con la destruccion de Cartago? y ¿quién no se regocija al ver á Augusto protegiendo á los sabios de su tiempo, ó á Marco Aurelio haciendo con sus virtudes la felicidad del

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación